

Escribir sin papel

Poemas



EL CORAZÓN DEL MUNDO

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



EL CORAZÓN DEL MUNDO

El corazón del mundo I

El corazón del mundo
está lleno de perros,
y sus roncós gruñidos
y sus ladridos secos
se oyen cada noche
rompiendo nuestro sueño.

El corazón del mundo
está lleno de perros
que deambulan por sus venas como por callejones
y que afloran brotando en cada herida
vomitando violentas dentelladas.

A veces, por las noches,
cuando el silencio lo tiñe todo de verdades,
se escuchan a este lado de las puertas
los roncós ladridos, los violentos
ladridos de los perros del mundo,
y el fulgor de su ira se percibe
acurrucado en los poros y en los labios.
Y entonces pasa miedo el mundo,
lloran los hombres, sufren la desgracia,
vierten las lágrimas tristes que aún les quedan.

El corazón del mundo
a veces toma el sol en medio de la calle,
sin cuidado de quiénes lo vigilan
o de quiénes hay que huir,
de los sordos peligros que lo habitan
y que a veces lo nutren.

Pero también hay estorninos
y mirlos y sinsontes
en los estrechos cielos del corazón del mundo:
bandadas agotadas
(el viaje hasta el misterio ha sido largo
y la verdad es poca recompensa)
con el canto arrastrado y la cabeza
humillada, sin calor ya ni vida.
Sólo son pájaros huérfanos
que no esperan mayores vuelos.
Pero al cabo son pájaros,

adornando las agrias cabezas
del corazón del mundo.

TRES POEMAS DE AMOR

El niño negro

Andaba Humboldt Thomas vagamente,
desordenado el ritmo de sus pasos
que huían de encontrar su línea recta,
su camino cabal, su rumbo exacto.

Acordaba a su paso de tropiezos
continuos, el transcurso en la cabeza
de ideas rotas, nunca terminadas,
eslabones sin sueño de cadena.

Cantaba una canción y la olvidaba;
y reía; y lloraba; y sonreía;
y el rostro triste; y la sonrisa abierta;
y la muerte en sus ojos; y la vida.

¡Qué singular su cuerpo campesino
caminando entre enormes rascacielos!
¡Qué dulce en esa ciudad blanca
su limpio cuerpo negro!

Humboldt Thomas oía el grito sordo
que a su paso sembraban los portales
convocando a los ángeles y al miedo
y al mirlo de la tarde,

a que llegaran juntos y cantaran
una canción de cuna en sus oídos,
a detenerlo, a convertir en piedra
su andar indefinido.

Lo recibió la escalinata blanca
del hospital del Santo Niño Cristo,
de Jackson, Mississippi, junto al lago
Ross Barnet, un tranquilo

día del mes de julio, cuando el aire
abandona el frescor de la mañana.
En la sonrisa de la señorita
de turno de la entrada,
creyó entender que el corazón del mundo
le gritaba “¡Cuidado, Humboldt, quieto!
Él saludó y entró y no le hizo caso,

pero lloró por dentro.

Al doblar cada tramo de escalera
subiendo ciego a la tercera planta,
el aliento de fuego de la tarde
se cuelga en la ventana.

Y le abraza un instante mientras, uno
tras otro, va subiendo cien peldaños,
y él entiende sin dudas la advertencia
de que detenga el paso,

de que no suba ni entre ni se siente
junto a la cama de la 3-14,
como desde hace meses viene haciendo
los días y las noches.

Pero subió y entró y su corazón
vomitaba a sus ojos todo el miedo
de las desgracias de la tierra y, blanco,
arrimaba el asiento

que hacía meses arrimaba siempre
a la cama pequeña y se sentó
a mirar en silencio la cabeza
sin vida ni color

de su hijo Henry, de ocho años cumplidos,
nacido en Jackson, sin hermanos, fuerte,
y ahora sumido en un triste letargo,
hermano de la muerte.

Siete meses eternos ya llevaba
de apoyar la redonda cabecita
sobre la almohada, igual que si en la arena
una piedra sin vida

hubiera el mar dejado. Su mirada
dormía oculta tras los tiernos párpados,
igual que tapa lo que tiene el mundo
la noche con su manto.

En su juego de chicos, una tarde,
trepó de un olmo grueso hasta la verde
copa, cuajada en trinos de pinzones,

coro de voz alegre.

Al moverse un ramón en que apoyaba
su peso, cayó al suelo. Su cabeza
se golpeó tres veces en las ramas
antes de dar en tierra.

Y en el suelo de grama, fue un muñeco
sin la luz de la vida. Sus dos ojos
grandes y vivarachos, rebosantes
de brillo luminoso,

ya no se han vuelto a abrir desde aquel día.
Sus labios, flor de carne y de sonrisas,
enmudecieron para siempre entonces,
vacíos de alegría.

Y desde entonces vive Humboldt Thomas
mirando la carita de su niño,
viéndola cada tarde entre las sábanas,
viendo sus finos rizos,

durmiendo por las noches; viendo siempre
en otros chicos a su Henry quieto;
escuchando su voz en otras bocas,
su beso en otros besos.

Y llora Humboldt Thomas desde entonces
al tener que besarlo en esa cama
blanca del hospital de Jackson,
sin pronunciar palabra.

Del pecho y de las ternes muñequitas
de Henry Thomas salen hasta quince
cables y tubos gruesos y delgados.
“De nada han de servirle”,

han sentenciado todos los doctores,
lamentando lo pobre de su ciencia,
“Abandónala, Humboldt, la esperanza:
sólo su muerte espera”.

Pero ya no la espera. Sabe Humboldt
que su niño dormido para nada
respira ya, que no verá otro ocaso,
ni olerá otra mañana.

Y se levanta y con su dedo firme,
desconecta el zumbido inagotable;
y va sacando suavemente todos
los tubos y los cables.

Y es caricia la fuerza de sus brazos,
cuando saca el inane cuerpecillo
y lo envuelve y lo sienta entre sus piernas
y le canta al oído.

Y en un susurro el canto va vestido
de las viejas canciones de su infancia
y va llenando el aire tibio y triste,
mezclado con sus lágrimas.

El chico no se mueve, no sonríe.
El padre lo sostiene en un abrazo
y, al ritmo perezoso de su nana,
lo mece muy despacio.

Besa la sien templada, también besa
la dulce piel que dora la mejilla
y el casi imperceptible aliento roza
su mano campesina.

El corazón le dice a Humboldt Thomas
“La muerte sube, ay, qué lentamente”.
Cierra entonces los párpados el padre
y la luz se le pierde.

Y se recuerda niño Humboldt Thomas,
con ocho años cumplidos, en Saint Joseph,
Luisiana, a las orillas verdeantes
del Mississippi enorme,

los tórridos veranos, contemplando
los barcos deslizándose cansinos,
escenarios efímeros huyendo
por las venas del río.

Y él, a la orilla, solo o con los otros,
a cantar se quedaba las canciones
que le enseñó su padre, tristes letras
de algodón y reproches.

Y el calor los dejaba en la ribera
adormilados al caer la tarde
y el aire violeta daba fondo
a sus risas brillantes.

Su canturreo vuelve a despertarlo
y el corazón se estrecha con el nudo
de una soga invisible. Todavía
la muerte unos minutos

se retrasa. Los párpados del chico
tiemblan por un instante. La garganta
del padre aún más se estrecha. Un nuevo beso
roza la sien helada.

Y, sin temblar, las manos de su padre
lo sostienen en vilo, sin mirarlo,
y lo recuestan en la blanca sábana,
rendido a su letargo.

Muerto el niño y también muerto se queda
el corazón del padre, y muerta el habla,
y la mirada muerta, y queda muerto
con la memoria blanca.

Humboldt Thomas, de un pueblo de Luisiana,
primero campesino, luego obrero,
sigue cantando y llora. Luego cubre
la cabecita de su pobre hijo
muerto.

Canción de Joey

A prison wall was round us both,
Two outcast men we were:
The world had thrust us from its heart,
And God from out His care:
And the iron gin that waits for Sin
Had caught us in its snare.
O. Wilde The ballad of Reading Gaol

Despierta cada día
con el zumbido tibio
de la cafeterita
que hierve al fuego limpio
en el cuarto de guardia de la planta;
y corre el ruido y sube
mezclado con la radio
por el pasillo arriba,
rellenando el espacio
helado de las celdas de la cuarta.

Y luego, el mercancías
que atraviesa aburrido
estos páramos, triste
de hacer siempre lo mismo;
y la cisterna que gotea el agua
de la 4-14;
y el silencio insolente
que recorre los cuerpos
dormidos en las verdes
arrugas sudorosas de las sábanas.

En la ventana, el mundo,
por detrás de la reja,
se les esconde a veces
tras un telón de niebla
como el bostezo de los niños blanca.
Y parece esos días
que el mundo se ha borrado
o que nunca lo hubo
y que sus cuatro lados
son los barrotes, la tierra enrejada;

y que todos los hombres

que el sol ha conocido
son estos ojos sólo
con el miedo escondido
tras la manera de mirar la nada
como si vieses todo,
como si el pozo huero
fuese un nido de tordos,
como si un pozo seco
apagase la sed de las gargantas.

Aumenta el guardia entonces
el ruido de su radio
que acompasa los lentos
bostezos presidiarios.
Y se remueven todos en sus camas,
y acomodan al ritmo
del sol amanecido
la pereza perpetua
que aún los cree dormidos
con sus ojos cargados de legañas.

La procesión comienza,
los amigos se buscan
en la callada hilera
de cuerpos en ayunas.
Hoy no hay risas, no hay bromas. Hoy no cantan:
bien saben que ese día
su café es más amargo;
y saben que esa noche
hará la muerte un alto
a la celda de alguno convocada.

Asesinos convictos,
violadores negros,
mestizos proxenetas,
blancos que a puro hierro
cuentan más muertes que besos contarán.
Su mirada es la historia
de horribles fechorías;
se borra su conciencia
en el ayer perdida,
con su orgullo de no sonreír a nada.

Entre ellos caminaba
Joey Santamaría,
nacido hace veinte años

mecido por las brisas
que al sur de Santa Mónica soplaban;
preso hace muchos meses
por matar con su mano,
blanca de niño y fuerte
como de un hombre bravo,
a una chiquilla triste en una cama.

Pero Joey sonrío
por más que la sentencia
que confirma su muerte
en una silla eléctrica
(bien que lo sabe él) ya esté firmada;
Santamaría finge
que no conoce el miedo
y bromea con todos
y desafía al cielo
que cada día duerme en la ventana.

Su mirada de niño
se alumbra cuando encuentra
paseando en el patio
la sonrisa reseca
y orgullosa del que es su camarada:
Tadeus Morgan, muchos
años mayor que el chico,
muchas más veces preso
mucho más conocido
atrevidas por muchas más hazañas.

¡Cuántas familias lo odian!
¡Cuántos jueces lo miran
mientras leen la firme
sentencia! Policías
a cientos han gastado sus jornadas
para entregarlo preso.
A todos de soslayo
él los mira y escupe
colmillo afuera su asco
sin importarle de ninguno nada.

El chico lo venera
como a un héroe antiguo
y recortada mira
su cabeza de rizos
sobre el muro infinito que los guarda.

A su lado se siente
más feliz el muchacho.
Sus palabras le sirven
aromas del pasado,
cuando era libre y aún tenía una casa.

Porque Morgan no teme,
no cuenta sus minutos
ni se angustia aunque sepa
que el caminar del mundo
se detendrá para él esa jornada;
esa noche, a las doce,
su cuenta de ponientes
habrá llegado al último
según dicta indeleble
la tinta en la sentencia que le aguarda.

En su media sonrisa
el cielo no se nubla
ni a sus ojillos sale
crisantemo de angustia
sino que ríe y canta a la mañana.
Eso a todos da fuerzas
los condenados. Siente
Joey Santamaría
un olvido y al verle
de pronto escapa al miedo que lo abrasa.

* * *

La tarde inexpresiva
escucha vagamente
algún rezo lejano
entre el calor silente,
el cansino paseo de los guardias,
la tristeza aburrida
que llora sobre el plato
de la fuente, las nubes
cielo arriba cantando,
las alondras llamando a las ventanas.
El odioso cortejo
cruza las galerías.
En los rostros la recta
cara de la justicia.
Sus labios guardan prietos la arrogancia.
El cura y el alcaide,
el juez y los verdugos.

La apariencia del peso
del deber. En lo hondo
abrigan satisfechos su jactancia.

Sin color en los ojos
conducen al cautivo
–a la espalda las manos–
por los anchos pasillos
espiados por mil puertas cerradas.
Pero Morgan sonrío
en su cara el desprecio
y su media sonrisa
parece un cielo abierto
sin que el miedo la tenga conquistada.

Lo sientan en la silla
y ajustan a sus brazos
y a sus piernas y al cuello
los correajes blancos
que a fuerza impedirán que mueva nada.
Miran todos atentos
en el reloj las doce.
Por tres y cuatro veces
la corriente recorre
su cuerpo hasta llegar la muerte blanca.

En un penal en medio
del desierto templado
de la vieja Arizona
donde el silencio amargo
es señor que domina cuerpos y almas,
llegadas ya las doce,
por tres y cuatro veces
rebajan las bombillas
un instante su tenue
brillo de luz sin luz, de sed sin agua.

Y en el cuarto de guardia
los que escuchan la radio
notan que pierde vida
tres veces y hasta cuatro
veces, pero ninguno extraña nada.
Y los presos aprietan
las manos en silencio,
intentando que el llanto
no dificulte el rezo

infantil de su trágica plegaria.

Cada abeja dormita
del panal en la celda,
ignorando el zumbido
de las otras abejas
que ya esperan nerviosas la alborada.

Cada abeja dormita
del panal en la celda
ignorando el silencio
de la abeja ya muerta,
esperando nerviosas la alborada.

Murió Tadeus Morgan
y los días se siguen.
Lo han olvidado todos
pues pronta está a cumplirse
otra sentencia más, otra descarga.
Cuchicheos secretos
a la orejan recitan
el nombre del siguiente.
Joey Santamaría,
el chico gris de la sonrisa blanca.

Joey no tiene pena
por la muerte de Morgan
ni miedo por la suya
que le roza la sombra
porque su amigo Morgan no lloraba.
Y camina arrogante
al cielo sonriendo.
Dice: "Mi vida ha sido
feliz, y ya estoy viendo
que mi muerte será valiente y rápida".

Pero un día les llegan
detalles de la muerte
de Morgan. Que sufrió
descargas cuatro veces;
que su negra melena se tornaba
en chispazos de fuego;
que dentro de la oreja
tuvo fuentes de humo;
que su boca reseca
de miedos y de ayes se llenaba.

Que sus ojos, cargados
de terror, daban vueltas
intentando posarse,
parándose en la puerta,
en la mano que baja la palanca;
y lloraban sus ojos
acíbar, hiel y miedo
mientras los fogonazos
iluminan su pelo
tres y hasta cuatro veces con descargas.

El miedo se hace dueño
y señor de la cárcel;
y todos los que aguardan
su turno irrevocable
huelen el miedo al aire de la albada,
y en miedo van mojando
el pan del desayuno
y de terror se llena
lo que antes era el puro
sabor a vida y a amistad del agua.

La flor de la sonrisa
de Joey se ha agostado
incapaz de vivir
con el cierzo soplando
gélido y sin reposo las mañanas,
las tardes y las noches
de la gris Arizona.
Llora Santamaría:
el terror lo devora,
su sangre dentro se le vuelve escarcha.

En el cuarto de guardia
sestean los del turno
al amor de la radio.
En el valle profundo
la vida sigue a su rueda montada.
En la ciudad, los hombres,
al alto del semáforo,
se saludan de un gesto.
Mientras, sigue llorando
Joey Santamaría,
su mirada de niño ahogada en lágrimas.

El plano

Los ventisqueros fríos de la montaña Rocky
cuando en invierno gimen al horroroso cierzo,
dejan su voz de pena llegar al río Verde
y empozarse en sus aguas como un fantasma negro.

En verano son otros los que habitan el río:
hojas que de los arces va empujando el solano
caídas a deshora, con prisa de la tierra,
y que los niños cazan desnudos con la mano.

El río Verde impone su ritmo a paso quedo
y su voz casi humana devuelve a las ventiscas
los cantos que le daban, trepando sin descanso
los colores del halda de la montaña fría.

En medio entre uno y otro duerme el pueblo su vida.
Llaman Craig a esas casas que flotan en la tierra,
soñando por las noches subir a la montaña,
por el día soñando nadar el agua quieta.

Hace setenta años, a fines de los 20,
nació en una casita de Craig Harry Lowvalley,
y allí vivió de niño y allí mismo pensaba
que iba a morir un día sin viajar a otra parte.

Y con sus camaradas de vecindad y juegos
se aprendió de memoria toda la cercanía:
cada árbol, cada calle, los oteros, las pozas,
hasta el canto de todas las aves que venían.

Allí sufrió su cuerpo –¡ay, Dios!, arrepentido–
el azotazo seco, castigo puritano.
Y a otro día, entre risas, volvía a sus amigos
buscando si podrían repetir el pecado.

Y también con los otros, al cumplir once años,
puso su cuerpecito a empujar carretillas.
Así se hicieron hombres sus bracitos de niño
en las minas abiertas Hierros Whitacker–Silash.
La flor que verdeaba al brillo de sus ojos
se abrió al son repetido de las máquinas rojas,
y su pelo encrespado mil veces se irisaba

del polvo que subía al pisar de las botas.

Y luego, por la tarde, a meterse a los bosques
y respirar los vientos húmedos y agradables,
pescando en los ribazos, mirando los ponientes,
sintiendo que la tierra es parte de su sangre.

Sin pensar que existiera otro mundo distinto
lejos de aquellas luces que sus ojos veían,
los días iban lentos pasando por su cuerpo
y nada echaba en falta para alegrar su vida.

Y cerraron entonces la altísima cancela
de las minas Whitacker-Silash una mañana.
En los ojos de todos hubo estupor. Preguntan
y sólo les contestan: “La mina está cerrada.

Se ha decidido lejos de aquí: los amos nunca
mantienen una mina si no les da dinero”.
El miedo cala en cada pared de cada casa:
el hambre –sin la mina– se adueñará del pueblo.

Nadie habla por las calles, los hombres se pasean
taciturnos y tristes. En la cantina nadie
se atreve a confesarlo, pero en su fondo todos
saben que uno tras otro acabarán marchándose.

Después de muchos y antes de otros muchos amigos,
Harry debió llorar abrazando a los suyos
mientras se despedía, subido ya el petate,
en las escalerillas del autobús nocturno.

Las calles de Detroit lo vieron con desprecio:
allí no había río ni montaña ni nada,
sólo calles y calles sin que ninguna nunca
tuviese entre las suyas a las últimas casas.

En la ciudad le daban trabajo a quien pedía,
todos encargos tristes por igual, y parejos
también en su miseria los céntimos que rentan
siempre a puerta cerrada, nunca a vista del cielo.

Amigos no los hay, compañeros tan sólo.
Los dulces recorridos por callejas de casas,
son hoy rutas que cumplen hediondos autobuses

en los que silenciosas van bocas y van almas.

Y por las noches, solo, en la calma del pobre cuarto en el que descansa, un único consuelo a su tristeza encuentra: en un plano recorre el pueblo y la montaña y el río con los dedos.

Mientras que el sueño sube desde el pecho a los ojos, todas las noches gasta su ensueño viendo el río y su cansino paso junto a los robledales y oliendo en la montaña la flor del malvavisco.

Más de dos mil kilómetros son nada esos minutos: sus yemas con los charcos de los campos se mojan se enfrían en la cumbre de la montaña Rocky y se cansan corriendo del rápido a las pozas.

Y luego, cada noche, sucede siempre igual: se le cierran los ojos con mezcla de tristeza de cansancio y de lágrimas, y dobla el plano en cuatro y echado en su camastro le queda el alma muerta.

Por la ilusión del mapa pasa los días vivo. Cada noche le sabe por la ilusión del mapa a las miradas limpias y al aroma del monte, perdidos (son sus dedos) sus pies entre las jaras.

Han pasado los años, la vida se ha gastado en un ir y venir desde el trabajo al sueño. Nunca juntó Lowvalley el dinero preciso para tomar de vuelta el camino del pueblo.

Y la vida se gasta y se gastan los días, y el mapa se ennegrece al compás de los años. Al cabo en esa carta no se distingue nada: los caminos se han roto, los nombres se han borrado.

Como si un barco solo en medio de la mar su brújula y su radio las perdiera de pronto y perdiera con ellas el último contacto, la única esperanza de llegar a su puerto,

igual miraba Harry su deambular inútil por días y más días, por incontables noches, sin que esperara nada la sonrisa menuda

que se abría en sus labios al leer esos nombres.

A los cincuenta y siete años, Harry Lowvalley
entristecido y pobre, pidió prestado a cuenta
del salario de cuatro meses de su trabajo,
dinero para el viaje hasta Craig, de ida y vuelta.

Desanda así el camino por carreteras nuevas.
Distintos son ahora las casas y los rostros
y los pueblos, crecidos, son como las ciudades,
y ruedan miles de autos corriendo sin estorbos.

Él pensaba que en cuanto pusiera un pie en la tierra
la garganta estaría estrecha y que a su vista
acudirían una tras otra muchas lágrimas
para enturbiar las luces de la mañana tibia.

Pero son tantos tantos los cambios que padece
el mundo, tantas vueltas le dan tantas mudanzas,
que nada es ya como era, como estaba en la imagen
que el muchacho guardó cuando dejó su casa.

Las casas no parecen las mismas que él veía.
A nadie reconoce, ninguna voz le suena.
Si hoy tuviera su plano, igual se perdería:
tanto ha cambiado todo, tanto mudó la escena.

¡Qué infierno lo recorre y le enturbia la sangre!:
Apenas quedan casas en pie de las que entonces
grabaron sus pupilas. Esta es otra ciudad
distinta y son distintos igualmente estos hombres.

¿Dónde, pues, encontrarse puede su corazón?
Su cuerpo habita un mundo donde todo es extraño,
y su memoria –ahora lo ve– no tiene casa,
si no es únicamente la casa de su plano.

Se busca lentamente entre recuerdos viejos,
se busca entre las calles y entre las caras de otros.
Poco a poco, el solano lo va bajando al río
y sus ojos sonrían al ver el mismo otoño,

las mismas hojarascas que pisaba de niño
y entrando aguas adentro, siente el fresco refugio
de sus frías corrientes y sin pensar en nada

se rinde al remolino que lo ahoga desnudo.

Allí, Harry Lowvalley volvió a ser el que era,
unos instantes sólo fue de nuevo feliz;
olvidó la congoja y los años perdidos
y sintió que en su vida salió nunca de allí.

Los ventisqueros fríos de la montaña Rocky
cuando en invierno gimen al horroroso cierzo,
dejan su voz de pena llegar al río Verde
y acompañan a Harry en su viaje ligero.

EL CORAZÓN DEL MUNDO II

El corazón del mundo II

¿Cómo será morir? ¿Será dejarlo
todo, abandonarlo todo y perderse completo
en una niebla espesa sin puertas ni paredes?
Qué tristeza, morir y adelantarse
sin que otra vez puedas mirar los ojos que te miran,
oler lo que dice los pinos mientras todo
el mar azul y verde te acaricia
con el rumor –olas de calma, olas de rabia–
constante de las olas.
Morir y ya no dar la mano
a nadie, buscando con la vista al mismo tiempo
si será noble el conocido, si sincero,
o si puedo pedirle o serle generoso.
Morir y dejar de tener lo que tenías.
Morir será, bien triste es esto, abandonar también
todo lo que aún no tienes
pero ibas a tener, esperabas tener.
Perder en un segundo seguir contando estrellas,
no tener a tu lado la madurez fecunda
de tus hijos, los pasos que aún ibas a dar
por la plaza, la calle, la carrera,
bajo este sol o bajo aquella nube.
Morir y entonces renunciar a otra copa de tu vino
en la cueva guardado fresca de tu bodega.
Qué pena no poder buscar una nueva canción
entre todas las que te canta el dial de la radio,
o dejarse abrazar por otra tarde de mayo tibia,
y mirar sin ton y sin son a todos los trenes
cumpliendo Dios sabe qué horario y destino.
Y siendo triste abandonar todo eso,
lo más amargo, en cambio, lo que más me atormenta,
es no poder ya nunca más recordar lo pasado,
ver el recuerdo de los días felices,
alumbrar, perdida la mirada, una sonrisa
oyendo aquellas risas que una vez oías,
ver como tantas veces la mirada
que se cruzó un segundo con la tuya
en la alegre taberna, entre muchos amigos.
Morir será no imaginar ya nunca
lo que pudo haber sido
y que el temor dejó resuelto en nada.

Morir será no recordar ya nunca.
No imaginar ya nada.